

mocratización general. Esta democratización general irá creando formas de protección de modo que se venza la condición más general del intelectual moderno, la inseguridad, alterando así el papel de la «élite», construyendo cada día más relaciones horizontales en el orden social en lugar de relaciones verticales. No sólo el lector especializado, sino el lector culto que lee el libro de Mannheim se percató de su carácter transitorio en lo que afecta a su valoración de las categorías sociales: Transitorio en el sentido de haber sido escrito en una época de singular tensión. En el proceso de pocos años, muy pocos, los intelectuales europeos ven como muy lejanos los tópicos relativos a la función del intelectual como minoría exclusivamente responsable y privilegiada. Nuestra experiencia actual es distinta porque responde al comienzo de una situación distinta. El intelectual pierde efectivamente el carácter de sacerdote de la cultura; se está transformando en un técnico sin más pretensiones que otro cualquiera y sin ninguna esperanza a que lo cualifiquen como poseedor de saberes secretos. El proceso que Mannheim vió tan claro está empezando a madurar.

E. T. G.

MARCUSE, Herbert: *Eros and Civilization*. Routledge & Kegan Paul Ltd. London, 1956.

Es frecuente leer y oír que los puntos de vista de Freud están superados y que su alcance no pasa del que corresponde a un iniciador genial. Este criterio quizás esté en función de la excesiva divulgación de las teorías de Freud. Su terminología más común y algunas de sus ideas más generales se han divulgado hasta el punto de ser patrimonio común de toda clase de gentes, cultas e incultas. Esta divulgación lleva a ciertos autores a creer que se trata de una general y auténtica superación. Por lo pronto, para poder hablar con rigor, sería menester que abordáramos un tema sumamente difícil: el de la realidad del contenido de la palabra «superación» en el proceso histórico. ¿En qué medida y en qué ámbito hay superación? Desde luego, ciertas piezas de los motores de explosión han sido «superadas» y aquí se puede aplicar el término con rigor, pero en el orden de las ciencias del espíritu, para emplear la denominación tradicional. ¿En qué medida se puede hablar de superación? No es este el momento apropiado de meternos a discutir un tema, que por sí sólo, daría lugar a un ensayo. Pero por otra parte da cierta pena abandonar esta cuestión ya que es urgente evitar en la medida de lo posible, que la palabra «superación» siga siendo una palabra mágica apoyándose en la cual mucha gente cree de buena fe que ya no hay por qué hablar más de Freud, de Stekel, o de Leo Freubenius en lo que se refiere a la sociología y cultura africanas, etc. Lo cierto es que en el orden de la cultura se da el progreso, pero no la superación, si la superación supone exclusión por inservible o inútil. Precisamente el

progreso lleva en sí la feliz condición de actualizar cada vez más ciertas ideas del pasado. Se me han ocurrido estas reflexiones leyendo el libro de Marcuse, en el que hay una revalorización del pensamiento de Freud y es en cierto modo una demostración de cómo hay más aspectos en la obra del Profesor vienés que esos tan divulgados y discutibles del subconsciente, la censura, los complejos, etc. Si éste es un aspecto meritorio y, por consiguiente, loable del libro, reconocamos, no obstante, al principio, que se trata de una obra superficial. Con esto más que un juicio de valores, desearía formular un juicio de verificación. Es una obra superficial, probablemente porque el autor así ha decidido que lo fuera. Es interesante, amena, pero superficial. La mayoría de lo que dice es conocido por cualquier persona culta y las opiniones de carácter personal no dejan de ser escasas y próximas al lugar común.

El punto de vista freudiano que el autor en mayor medida explota para construir sus esquemas del proceso y sentido de la civilización, es el de «represión». La represión se convierte en un criterio justo que explica no sólo el sentido abstracto de una civilización dada, sino incluso, su estructura social. En términos generales esto es muy exacto y no podemos prescindir de la teoría de la represión, para explicarnos de modo satisfactorio la conducta individual, la colectiva e incluso las formas de organización de la convivencia. En el sistema freudiano la personalidad es, en cierto modo, el resultado de unos impulsos que en el transcurso de la vida social se van censurando; estas represiones crean, como nadie ignora, sistemas compensatorios. Ahora bien, del mundo infantil al mundo adulto hay un progreso constante en la represión y en la violencia de la represión. Lo que se reprime fundamentalmente es el placer. Son impulsos placenteros los que continuamente estamos reprimiendo por sistemas de control, que encuentran su formulación objetiva en estructuras de normas, entre las cuales podemos señalar como una de las primeras, la moral. Ahora bien, entre esos impulsos que buscan el placer y la represión, surge el conflicto. Son conflictos que tienen ámbito personal y ámbito colectivo y que se manifiestan de mil maneras. Freud, con evidente exageración los veía como origen incluso de las producciones estéticas más depuradas. El lector recuerde su ensayo sobre Leonardo Da Vinci y la interpretación que da Freud de un sueño de Leonardo. Pero es cierto que existe ese conflicto y que su forma más expresiva y clara es la erótica. En este sentido, la civilización está expresada en el proceso del erotismo. Erotismo es aquí, en cierta medida, asimilable a represión que se transforma en estructura social por el proceso de concentración de estímulos que se da tanto en el orden biológico como en el orden psicológico y social. La transformación en norma estructural aumenta el proceso de represión y define algo que, en conexión con estas notas que venimos señalando, Marcuse señala y con razón como uno de los conceptos capitales para comprender la teoría freudiana de la civilización: el concepto de culpa. Evidentemente, la represión al mismo tiempo que se transforma por

sublimación en un mundo de ideales que fortalece la estructura del super-ego, crea un sentimiento de culpa que es permanente y está al fondo de toda cultura y que Freud, como es muy sabido, descubre como la nota básica de la idea, común a casi todas las civilizaciones, del pecado original. El pecado o la culpa original sería la resultante del conflicto provocado por la represión. Desde el sentimiento de culpabilidad se conformarían las distintas actitudes religiosas y según la conformidad de este sentimiento se calificarían los tipos humanos e incluso los tipos de civilización. De aquí esas caracterizaciones de las que han quizás abusado los autores germanos. Un contemporáneo de Freud que sin estar en relaciones con él tiene unos ciertos puntos de vista comunes, un literato de retórica levantada y sugerente, Spitzeler, sirvió, con una obra famosa, «Prometeo y Epimeteo», de base al disidente de Freud, Jung, para que crease las categorías de hombre «prometeico» y de hombre «epimeteico» que son semejantes a las categorías del hombre «orfeico» y del «narcisista» que Freud empleó. Reconozcamos, no obstante, que hay en Freud una fundamentación científica mayor. En el narcisista la culpa se transmuta en auto-estimación; en el orfeico la culpa se manifiesta como hetero-estimación. En todo caso la civilización es un resultado de este juego represivo y del sentimiento de culpabilidad que tan estrecha relación tiene con el sentimiento de la muerte, la *thanatosfilia*, que con tanta agudeza Freud estudió.

En el libro de Marcuse, como el lector apreciará, es sugerente pero quizás la falte rigor sociológico y resulte en exceso convencional. Hay algunos temas que parecen eludidos y que tienen un profundo interés, tal, por ejemplo, el tema de la liberación. Está bien que el autor no haya querido abordar el problema del psicoanálisis, pero en el orden mismo de la civilización occidental, ¿no se tendría que estudiar el tema de la liberación como un tema típicamente moderno? ¿No habrá sido Freud la primera voz consciente de una etapa definitiva en el comienzo de un proceso general de liberación en el ámbito de la sociedad occidental?

E. T. G.

NOTH, Georg: *Christentum und Kommunismus in der Weltwende*, Stuttgart, 1954, 320 páginas.

Este libro se sitúa en lo más agudo de la encrucijada histórica que vive nuestro tiempo. Y lo hace en discusión con las dos instancias culturales de más volumen de la situación: cristianismo y comunismo. El diagnóstico está visto en perspectiva protestante, en conexión con las filosofías de la historia que más a fondo han calado en la conciencia contemporánea y en diálogo con las especulaciones más avanzadas de la teología.

En el comunismo ve al autor el gran intento de expresar en un orden concreto los motivos antropológicos y culturales a que hemos